

do por primera vez esta invocación se experimenta una emoción de indecible ternura, muy difícil de olvidar; y agrega que «el fruto que recogen los muchachos, siguiendo este sendero, es el acendrado amor a la naturaleza y la simpatía hacia todas las criaturas vivientes.

La obra de Tagore, desinteresada y bella como la de Manjón, levantada en los cármenes de Granada; como la de Ermitage (Bruselas), la de Letchwooth (Inglaterra), la de Fraternidad en Holanda..., con la cooperación más decidida de la Escuela moderna, que regocijada sabe sumarse a estas nuevas tendencias; la influencia que tan poderosa obra tiene en la sociedad, hace pensar en la idea sublime de formar una sola familia con toda la humanidad, que rindiera óptimos frutos de bienestar social; porque la educación dada en estos Centros y propaganda con la misma orientación por todos los ámbitos del mundo, dará el ósculo de paz a los pueblos llevándolos triunfalmente a la conquista de ideas redentoras y de risueñas bienandanzas, ya que su ideal es borrar las diferencias de razas, religiones y nacionalidades.

Estas ideas, noblemente regeneradoras, deben inculcarse cuando la inteligencia empieza a pensar y el corazón a sentir; en la Escuela es donde se debe dar un enseñanza que enseñe a pensar, a combatir, a luchar, a combatir gloriosamente, «combate glorioso», deben estar suprimidas de la Historia; y así las generaciones futuras educadas en los moldes de amor y fraternidad, verían en la guerra hechos incomprensivos... incultura... barbarie...; y estarían capacitadas para emprender resueltas la obra de progreso y prosperidad por la florida senda de la paz.

Porque, decididme: ¿Qué garantía ofrece el Pacto Kellogg? ¿Es lo bastante declarar la guerra fuera de la ley para que no exista? Estando los espíritus propicios para la lucha ¿puede evitarla el célebre Pacto? ¿Hablan sinceramente las

naciones de la paz si cada una, separadamente, se arma hasta donde sus posibilidades le permiten? No; y si hablaran alguna vez, bien se ve que el camino a seguir es distinto del que hasta ahora se ha emprendido; pues si no evitamos que los odios que la Gran Guerra ha dejado en todo el orbe se propaguen de padres a hijos; si no se educa a la juventud en las ideas evangélicas de paz y compenetración, de nada servirá ese conjunto de *obdulos literales* que pródigamente nos la Sociedad de las Naciones.

Yo no afirmaré que la Sociedad de las Naciones sea un organismo inútil, diciendo como muchos, que no se concibe que países que ayer se odiaban, se asocien para elaborar la paz. No. Lo que sí tengo por axiomático es que la paz es necesaria, y que debemos sentirla en lo más íntimo de nuestro ser e informar a los pueblos; que la semilla del amor debe florecer aquende y allende las fronteras; que debemos formar una fortaleza contra la que no puedan las tormentas del odio que amenaza a las naciones... y que para esto, es absolutamente necesario educar a los niños en el amoroso mandato de: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

ANTONIO APARICIO

Semblanzas

En un pueblo con pretensiones y apariencias de ciudad encontré el individuo que pretendo describir. Sin dificultad podreis encontrarlo en cualquier otro lugar más cerca de nosotros, en nuestro mismo Dalías. Tres momentos observé en la vida de ese personaje que al menos para mí, fueron datos característicos para estudiarlo.

★

Mañana de Otoño. En las calles del poblacho hay animación y ale-

gría. Presagio de la fiesta. Las bandas de música desfilaron hace rato con su insoportable y jaranero pasodoble. Las campanas de la Iglesia nos informaron durante toda la mañana de la aparente y falsa alegría de sus feligreses. Entro en la Iglesia, y el espectáculo no deja de ser interesante: el altar del Patrono con sus mejores galas; las chicas del pueblo ataviadas con lo llegado de la capital días antes; la combinación de colorines quema los ojos, la gama entera de los colores se mezcla por los rincones, en las esquinas miradas ávidas de los mocitos que pretenden buscar y a veces consiguen la de sus novias. Hay movimiento en el templo. Están dando la Sagrada comunión en el altar; me llama la atención la beatífica y recogida actitud de uno de los que vuelven: las manos sobre el pecho, la mirada baja y medio encorvado por su piedad; lo veo hincarse de rodillas, golpearse en el pecho fuertemente y, más tarde, cuando el predicador venido de lejos sube al púlpito y hace un pánegrico del Santo, las lágrimas de cocodrilo y tal vez de mujerzuela, corren por sus mejillas como las purificadoras aguas del Jordán.

Noche de invierno. Se acerca la Pascua con sus confites y turrone. Hace frío, mucho frío; acurracados en un rincón de su albergue dándose calor con sus carnes—pues su ropa hace tiempo dejaron de abrigar—tiritando de frío y de hambre encuentro a tres mujeres, madre y dos hijitas; el padre, deambulaba por el pueblo con cara de pena y de miseria en busca de trabajo. Los ricos señores del pueblo dicen han de hacer economías. El suyo, su patrón, lo despidió hace días por la razón apuntada. Lleva ocho días sin trabajar y por lo mismo el pedazo de pan para su gente es cada día más imposible. Piensa en su calvario que aún haya corazones nobles y acude y llama con temblor y miedo a la casa de un rico con fincas y dinero. A la criada ha de confiarle su situa-